

Cad. 21 Jun 98. - 10

4

# CARÁCTER

DE LOS

## MONUMENTOS ARTÍSTICOS GRANADINOS

DEL SIGLO XVI

POR

DON JOSE DE RAMOS LOPEZ

**Abad del Sacro Monte.**



MADRID

Establecimiento tipográfico de El Correo, á cargo de F. Fernández  
8 CALLE DE SAN GREGORIO 8

1886

BIBLIOTECA REAL  
GRANADA  
Sala: C  
Estante: 002  
Número: 067(4)

0  
1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24

CARÁCTER  
DE LOS MONUMENTOS ARTÍSTICOS GRANADINOS  
DEL SIGLO XVI

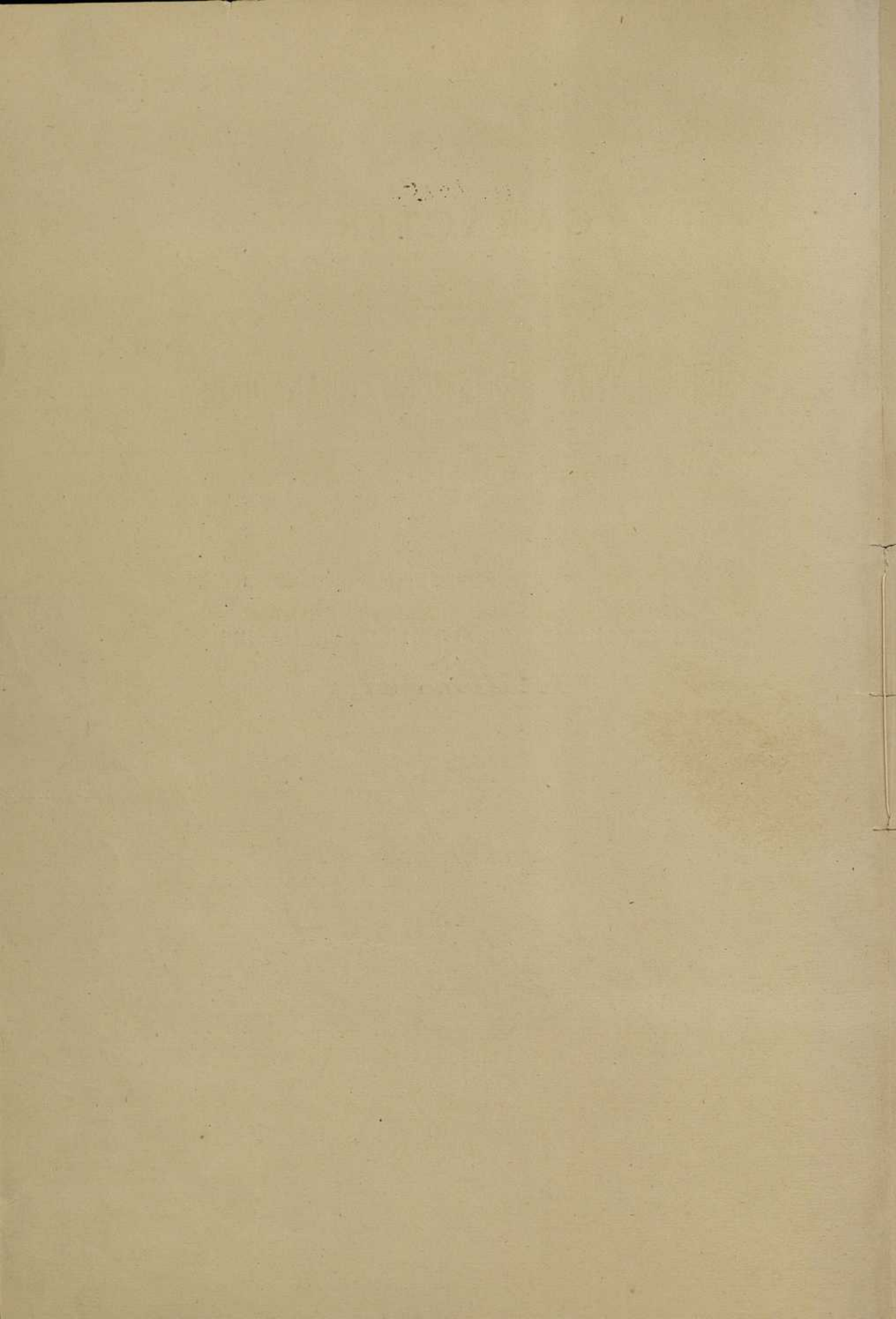
BIBLIOTECA REAL  
GRANADA

Sala: C

Estante: 002

Numero: 067 (4)

CARÁCTER  
DE LOS MONUMENTOS ARTÍSTICOS GRANADINOS  
DEL SIGLO XVI



R. 20250  
CARÁCTER

DE LOS

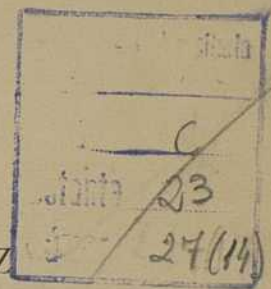
MONUMENTOS ARTÍSTICOS GRANADINOS

DEL SIGLO XVI

POR

DON JOSE DE RAMOS LOPEZ

Abad del Sacro Monte.



MADRID

Establecimiento tipográfico de El Correo, á cargo de F. Fernández  
8 CALLE DE SAN GREGORIO 8

1886

NOTA. Este estudio se presentó en el Certamen Artístico-Literario que el Liceo de Granada convocó para la solemnidad del Santísimo *Corpus Christi* el año pasado de 1885, y la Junta de Gobierno le adjudicó uno de los premios anunciados, consistente en un busto de Shakspeare.



*Barbara Pyramydum si leat miracula Memphi  
Assiduus jactet nec Babylona labor.*

(MARTIALIS EPIGRAMMA PRIMUM.)

Hallábame en la dulce soledad que hace algunos años disfruto, cuando vino á mis manos el programa del certamen literario que el Liceo de Granada ha iniciado para las próximas fiestas del Santísimo *Corpus Christi*; y, al leer el tema propuesto por la Excm. Diputación provincial, una doble emoción embargó mi abatido espíritu: la primera de placer, pareciéndome mensaje del cielo la idea de estudiar nuestros antiguos monumentos, objeto de mi admiración y cariño desde que pude dedicarles un pensamiento reflexivo; la segunda de dolor, considerando cuán poco estimadas de los granadinos han sido las obras de sus insignes artistas (esas obras que, á más de ser los testigos de la cultura de aquella época, nos han trasmitido la vida religiosa, científica y política de nuestros ilustres abuelos), destruyendo en lo que va de siglo el convento é iglesia del Ángel Custodio, hecho por trazas de Alonso Cano; la iglesia de San Agustín el Alto, dirigida por Fray Lorenzo de San Nicolás; el convento de San Francisco el Grande, de estilo gótico,

la primera catedral después de la Reconquista; la puerta de Bibataubi; muchas torres de la Alhambra que servían de blanco á las baterías que en la silla del moro tuvieron las tropas francesas; el convento é iglesia de la Victoria, que era también gótica, con graciosísima portada, y la de las monjas de Sancti Spíritus, hermoso edificio del Renacimiento; la parroquia de Santa Escolástica; el convento y grandioso patio de la Cartuja, y el Santuario levantado por la piedad de los Reyes Católicos en el *Campo de los Mártires*, precioso edificio, considerado artísticamente, y de grandes recuerdos religiosos.

Preguntado Tales Milesio quién era el sabio, respondió que el tiempo. En efecto, el tiempo únicamente podía descubrir el tesoro de enseñanzas que en las obras del arte se encierra, viniendo al cabo de cuatro siglos á formar el inventario de las preceas que nos legaron los ingenios granadinos, reflejo de la fe cristiana, del espíritu caballeresco, de la inspiración poética y del patriotismo de nuestros antepasados. Si el libro docto, las canciones populares, la oratoria y las comedias nos dan la medida de la cultura de una ó más generaciones, puede ocurrir, y ocurre verdaderamente, que las bellas artes—y entre ellas la arquitectura, que excita más que otra el sentimiento de lo sublime—nos instruya mejor en orden á la pasada grandeza, porque son recuerdos de un pueblo poderoso que ha sobrevivido á su gloria atravesando las edades.

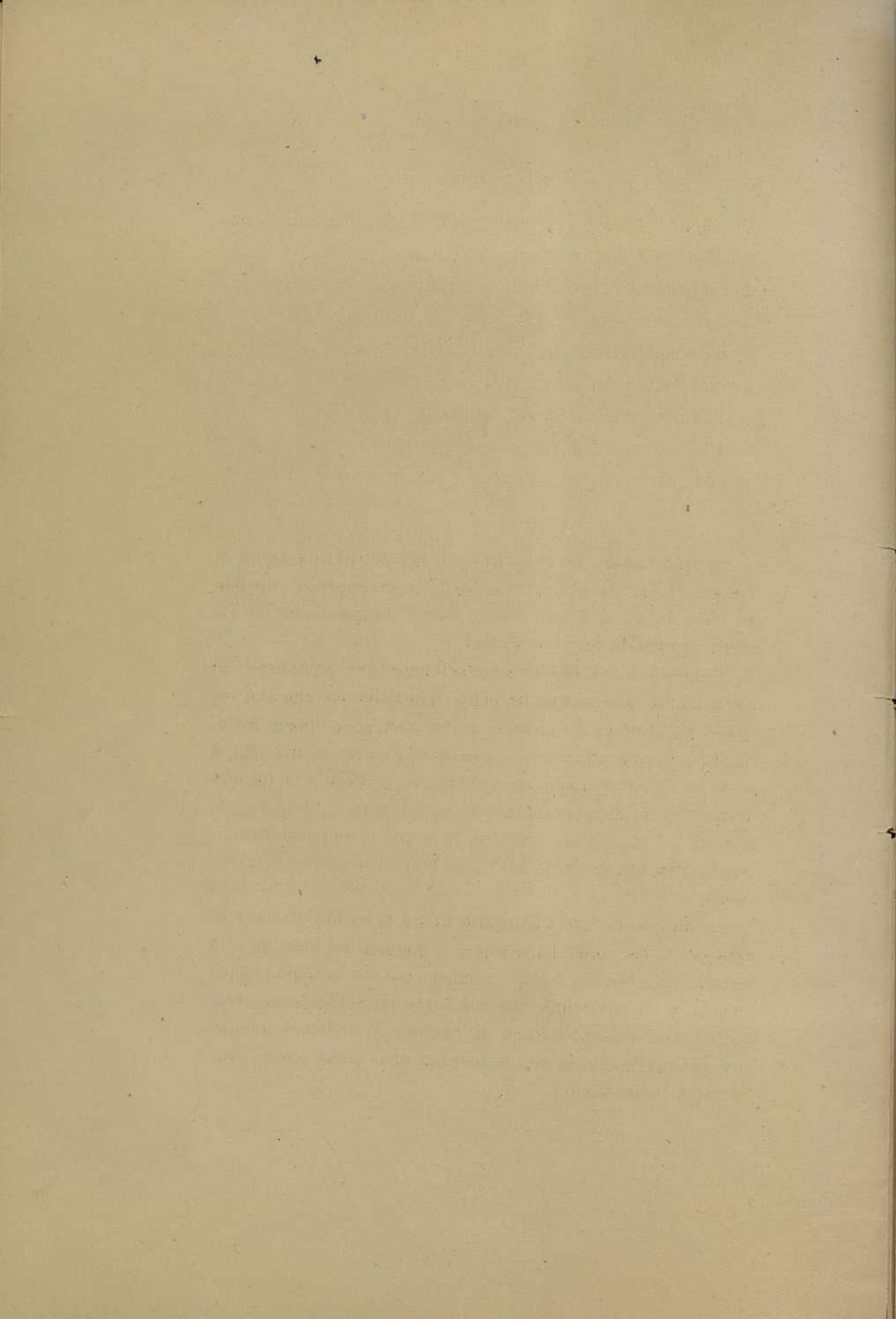
Con razón dice el Sr. Jiménez Serrano «que la historia de Granada está escrita en sus monumentos más que en sus crónicas.»

Si en el siglo xvi Fray Luis de Granada, el doctor Eximio,

Hurtado de Mendoza, Mármol Carvajal, Pedro Salazar y otros, nos dieron su retrato en los eruditos libros que escribieron, siendo fiel imagen de los adelantos científicos de aquella época; en la parte monumental nos dejaron su alma Diego de Siloe, Felipe de Borgoña, Torrigiano, Machuca y Berruguete, manteniendo á grande altura la belleza artística, los trabajos de restauración y el honor de los cinceles granadinos.

He dicho su alma, porque en los grandes maestros, lo mismo que en los medianos, hay que considerar el *estilo*, al cual tuvieron devoción y amor desde que comenzaron los trabajos arquitectónicos, y la *idea*, ó sea el sentimiento que domina y acompaña al autor en la concepción y ejecución de sus obras, donde, si prevalece la idea de lo infinito y de lo sobrenatural, el artista propende á espiritualizar sus creaciones y quiere purificar hasta las cosas materiales; si, por el contrario, domina la idea del arte sin salir de la esfera de la naturaleza—á lo que se llama hoy belleza del arte por el arte—en vez de luz no aparecerán más que sombras, que ni satisfacen á la inteligencia, ni mueven al bien y horrorizan por las deformidades morales que representan.

Examinado el carácter de los monumentos artísticos granadinos del siglo xvi con arreglo al orden arquitectónico, nos presenta la decadencia del estilo *Gótico* y la entronización del *Renacimiento*; examinado conforme al orden ideal, es la expresión genuina del espíritu religioso, científico y patriótico de aquella venturosa centuria.



# I

De arquitectura no se escribió en España libro anterior al diálogo de *Las medidas del romano*, de Diego Sagredo, capellán de Doña Juana la Loca, restaurador y compendiador de *Vitruvio*, aprendida por él en Italia.

Ninguno de los estilos arquitectónicos que precedieron al del Renacimiento en nuestra patria ha dejado monumentos escritos. ¿Y cómo había de suceder otra cosa, si la misma historia de nuestros arquitectos en esas edades es un desierto, á pesar de las investigaciones de Llaguno, de Ceán y de los modernos? Ni siquiera conocemos la organización interna y gremial de los cuerpos de artífices, cuya gloria se ha abismado, por decirlo así, en la de las obras maravillosas que construyeron.

La historia de nuestra arquitectura está escrita en las piedras, no en los libros. Pertenece á la historia del arte, no á la historia de la ciencia del arte. Trabajábase con sublime inconsciencia, y los procedimientos técnicos se derivaban de maestros á discípulos por aprendizaje de cantería y andamio, aunque hoy sólo por inducción sacada de las mismas obras puede conjeturarse cuáles fueron.

De lápidas sepulcrales, de libros de cuentas y de contratas, pueden sacarse nombres de maestros de obras y alarifes: y se disputará eternamente sobre la patria de ellos; pero es condición de este arte, el más colectivo y el más impersonal de todos, poner en sus enormes masas el sello, no de un hombre ni de una escuela, sino de una civilización entera. ¿Qué significa el nombre del maestro Mateo, el de *Petrus Petri* ó el de Juan de Colonia y Diego de Siloe, al lado de los prodigios artísticos de Compostela, Toledo, Burgos y Granada? Semejante en esto á la elegante poesía épica, toma la arquitectura de las épocas creyentes al artífice como mero instrumento, como ejecutor casi pasivo, y, si no borra su nombre, le relega á uno de los ángulos más escondidos de su creación, al rincón donde yace su sepultura. Un soplo de inspiración común levanta el alma de estos hombres rudos y simples y les sirve de estética; la fe, de la cual participan con el pueblo, les da alas; se imitan y se copian unos á otros sin menoscabo de su originalidad, porque la savia primitiva sigue corriendo mientras el espíritu no se extinga. Cuando toman posesión de la fábrica, se les entrega una dobla de oro y se les dice: *Recíbidlo en señal de vuestro trabajo, y como protesta y seguridad de que el Señor Dios, en cuyo honor y gloria se empieza á edificar esta Iglesia, suplirá lo demás á preces de su gloriosa madre* (1).

La arquitectura ojival, nacida en el siglo XIII, pura, hermosa, delicada, llegó en la siguiente centuria al más alto grado de esplendor, después del cual los excesos de sus mismas bellezas la condujeron á la decadencia en el siglo XV y principios del XVI.

La fe cristiana, el sentimiento religioso, el celo ardiente del

(1) Documento de la catedral de Calahorra, citado por Ceán en las adiciones á Llaguno. Tomo I, pág. 127.

tiempo de las Cruzadas, duraban aún en el siglo xiv y animaban á los piadosos arquitectos, que buscaban por sus obras, no gloria mundana y vano renombre, sino el perdón de sus pecados y la gloria imperecedera.

El perfeccionamiento del arte y la mayor tranquilidad de que gozaban los pueblos, junto con el vivo espíritu de religión que ardía en los pechos, llevaron á la perfección la arquitectura gótica: mas, por desgracia, aquel ardor se amortiguó, se debilitó la fe, los ingenios se eclipsaron, nació el espíritu de duda, de innovación y reforma, que, si en religión trajo terribles herejías, en el arte no supo hacer más que buscar nimias bellezas, exagerar los adornos del siglo anterior, olvidar por completo las tradiciones artísticas y religiosas, privando á la arquitectura del *símbolo*, de la significación mística, del santo influjo con que eleva Dios á los espíritus.

Este es el carácter de los ciento cincuenta años del último periodo del género gótico. Sin embargo, había sido tanta su perfección que, como algunas flores que aun mustias conservan algo de su hermosura, conservó en la decrepitud bellezas que nos hacen mirar con entusiasmo los monumentos de la época de Brunelleschi y del Papa Nicolás V. España, sobre todo, puede gloriarse de poseer edificios como las catedrales de Sevilla, Segovia y Salamanca, cuya pureza y sencillez contrastan con los defectos de otras obras contemporáneas.

Nuestra ciudad, dominada todavía por los musulmanes, no tenía otras riquezas artísticas que las mezquitas y el palacio árabe, de un género tan poco sólido como los goces mundanos y tan seductor como ellos. Hasta que, conquistada en 1492 por los Reyes Católicos, cediendo su lugar el mahometismo á la fe católica, la mentida cultura del islamismo á la verdadera civilización y el estilo sensual al estilo cristiano, unido el espíritu religioso al deseo de engrandecimiento material y cientí-



fico que experimentaban los pueblos, con la aurora del siglo xvi aparecieron los monumentos de estilo gótico que vamos á reseñar.

La iglesia de Santa Isabel la Real, parte de Santo Domingo, el Real Hospital del Triunfo, la capilla donde se guardan las cenizas de los católicos Monarcas Don Fernando y Doña Isabel, el templo y monasterio de San Jerónimo, la Chancillería, la Cartuja, San José, la Victoria y San Juan de los Reyes, fueron los primeros edificios y los únicos de arquitectura ojival que en Granada se construyeron.

Entre estos monumentos merecen particular atención, por su grandiosidad y la riqueza de los adornos la Real Capilla, aunque con su exterior del Renacimiento, San Jerónimo y el Hospicio ó Casa de dementes.

No satisfechos los conquistadores con haber ganado á los moros esta rica joya, y cristianizado el reino, quisieron descansar para siempre donde habían alcanzado su mayor gloria, y á este generoso sentimiento se debe la erección de la citada Capilla, cuyo interior es del estilo gótico más correcto y delicado. En su ejecución debieron intervenir el moro aragonés Mahomete Palacio, que dirigió el camino para la entrada de las tropas en Granada, y el arquitecto Rodrigo Hernández.

La primitiva fundación de San Jerónimo fué en Santa Fe, con el título de Santa Catalina Mártir, y por lo enfermo del sitio pasaron los monjes en 1492 á éste, que por decreto de los Reyes Católicos les fué entregado. Comenzóse á poco la construcción, y, ya mediada la iglesia, la Duquesa de Sessa y Terranova, doña María Manrique, esposa viuda del Gran Capitán, solicitó del Emperador Carlos V que le cediese la capilla mayor para enterramiento de su marido, ofreciendo acabarla pronto y con suntuosidad, y dedicó el edificio, luégo que le fué concedido, á la Purísima Concepción. En la fábrica de este sun-



tuoso templo se emplearon las piedras y algunos otros materiales del gran cementerio árabe que había en el Triunfo. La iglesia tiene mucho de grandioso, pues Diego de Siloe se había encargado después de comenzada la obra de concluirla, y de labrar la capilla mayor con la magnificencia que correspondía á tan excelsos patronos, el Emperador y la viuda de Gonzalo.

El arquitecto amalgamó en las bóvedas los adornos griegos y romanos con las aristas góticas, construyendo todo el presbiterio de esa arquitectura, á que tanta predilección tuvieron entonces los escultores, porque en ella podían lucir los primores unidos de las dos artes, que tan bien aprendieron en Italia.

De orden de los católicos monarcas y á sus expensas—aunque se ignora la fecha en que dió principio la obra—levantóse el Real Hospital del Triunfo, con destino á Asilo de dementes. Este edificio, que ocupa 43.200 piés cuadrados, es por dentro de estilo ojival y muy bueno, encerrando varios patios, extensos huertos y vastas oficinas.

No hemos podido negar á estos monumentos la somera descripción que dejamos apuntada, en homenaje á su indisputable mérito, y porque con ellos creció en Granada el amor al estudio y á las artes. Los demás edificios que existen, y los que demolió el furor revolucionario—como San Francisco, la Victoria y el convento de los Mártires, de construcción gótica—son adornos apreciadísimos de una ciudad rica en monumentos que llevó la fama de sus literatos y artistas á los apartados continentes del Nuevo Mundo.

Desgraciadamente, estas obras y otras que en aquel tiempo se hicieron en Castilla, son las postreras galas del género místico y espiritual, que va perdiendo con rapidez la noble composición de su origen, que por la fuerza de las ideas y de las circunstancias se va abandonando á mayores caprichos, como en-

loquecido con la abundancia y riqueza de los adornos, que le hacían olvidar las verdaderas fuentes de la belleza próximas á cegarse. Sin embargo, confesamos que, por grande que sea la importancia histórica de los monumentos góticos, es mayor la que tienen como obras de arte, fuente de elevados sentimientos. Y concluimos este capítulo con las palabras de un escritor contemporáneo:

«No debe buscar en ellas el artista, ni menos el cristiano, la belleza de las formas ó la habilidad del artífice, pues basta entrar en cualquiera de aquellos templos con un destello de fe, para que el alma, absorta en las grandezas de la religión, se eleve irresistiblemente á contemplar la gloria de Dios y la sublimidad de sus misterios.»

## II

Al entrar en el estudio del arte llamado del *Renacimiento*, hay necesidad de echar una mirada retrospectiva á la Edad Media, época gloriosa para la religión, pero objeto de eternas discusiones y de encontrados pareceres. Nosotros, que la examinamos sin pasión, nos la representamos como el gran período del arte y del pensamiento—sin ejemplo en la historia—sacando la vida y el progreso de sí misma, es decir, del concepto de la fe y de la patria, que era la fuente de su inspiración, su único modelo, sin tener en cuenta ni llamar á colación los sabios y las escuelas que le habían precedido. En la Edad Media todo fué original: lo único que se tomó de la antigüedad fué la filosofía de Aristóteles, que el genio analítico y profundo de Santo Tomás, entrando en consejo con el eminente Stagirita, depuró de sus errores, y recogiendo los preciosos restos de la verdad que la razón tenía allí esparcidos, y combiniéndolos con los principios que guardaban las escuelas cristianas, formó un cuerpo de doctrina invulnerable y estableció la armonía de la fe y de la razón.

Y siendo así, ¿cómo se explica que al terminar esa edad dichosísima se cortó la ilación de las ideas que en materias ar-

quitectónicas dominaba, se inició la imitación de los monumentos romanos y vino como exabrupto el gusto del clasicismo? Este hecho venía preparado de antemano, sin que lo conocieran los mismos que coadyuvaban á su ejecución, como se observa generalmente en todas las trasformaciones históricas.

Es menester tener en cuenta que Italia, por tradición, nunca adoptó el estilo ojival con el entusiasmo que Alemania, ni tampoco Francia, Inglaterra y aun España: y mientras las grandes escuelas arquitectónicas de las márgenes del Rhin fijaban los principios que debían seguir los constructores; mientras los prelados y el clero de dichos países trazaban los planes de las catedrales en los siglos XII y XIII y aun el XIV, Italia, recibiendo los artistas que emigraban de Constantinopla, envuelta en discordias civiles, y á pesar del estado de completa decadencia en que el Bajo Imperio se hallaba, recordó las tradiciones propias y se acomodó á los principios de los artistas bizantinos, que acogió en su seno de mejor gana que á los de la escuela germánica.

Por esto en Roma, en medio de aquellos restos de la antigüedad clásica, menos arruinados que lo están en la actualidad, se erigieron edificios, especialmente religiosos, en un estilo arquitectónico que apenas se resentía de la influencia de la escuela germánica, mientras que Pisa, Siena y muy particularmente Orvieto, erigían sus catedrales en un estilo en que se combinaban los elementos tradicionales del país y los de la escuela germánica.

Iniciado ya el pensamiento, Florencia fué la primera que llevó á cabo su ejecución. Al comenzar el siglo XV, la piedad pública exigía del arte un monumento, y se hizo cuestión de decoro artístico nacional para los florentinos la continuación de la atrevida cúpula de la catedral que, siguiendo los principios de la escuela bizantina, trató de levantar Brunelleschi.

Esta obra, así como otras iglesias y palacios que se construyeron á la sazón según los planos de este artista y bajo su inmediata dirección, introdujeron y popularizaron ideas que yacían en el olvido, combinándose con otras nacidas en la atmósfera creada por las escuelas germánicas, ó quizás hijas de la fuerza de las circunstancias, y cuyo conjunto es conocido en la historia del arte por *estilo del Renacimiento*.

Desde el Papa Nicolás V (1447) hasta Julio II (1503) siguió en boga el estilo, que debía consolidarse y glorificarse en la construcción de la gran basílica de San Pedro. El artista que terminó el Vaticano, caracterizando las obras de sus antecesores, fué Miguel Ángel, en el cual, á pesar de su gran talento, se inició la época decadente de la arquitectura.

La trasmisión del Renacimiento á nuestra Península se explica fácilmente recordando que, á últimos del siglo xv y principios del xvi, muchos españoles estuvieron en Italia y debieron comunicar de palabra á sus paisanos el movimiento literario y artístico allí emprendido, y con él los atractivos de la antigüedad, ya no restaurada, sino simplemente modificada para acomodarse á las necesidades de lo que se llamó nueva civilización.

Una vez introducido el estilo en nuestro país, era natural que hallase abiertas las puertas de Granada, como se las abrieron en muchas poblaciones de España; que no sólo se le diese carta de naturaleza, sino que se entronizara, como dejamos dicho.

Con la epopeya de 1492, era preciso que todo cambiase de aspecto: la civilización cristiana iba á sustituir á la civilización árabe; los nuevos edificios debían corresponder á la majestad y hermosura de esta feraz naturaleza, mejor dicho, á la majestad de la idea, que envuelve la libertad humana y la responsabilidad moral, Dios y la tradición, por cuyos principios se sembra-

ron después huesos de caballeros granadinos y de mártires en las orillas del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos del mar de Inglaterra; era necesario que la Damasco de Occidente, que había vivido como un aduar por espacio de siete siglos, se levantara de su postración, contraponiendo á las sombrías y reducidas mezquitas los suntuosos templos católicos, á las casas de placer los palacios de Justicia y de Carlos V. A esto se avenía muy bien el Renacimiento, que, no entregado del todo á las copias de Grecia y de Roma, conservaba algo espiritual, y entró en el orden de la arquitectura cristiana.

Muchos son los edificios de este estilo que se construyeron en todo el decurso del siglo XVI; pero nos fijaremos en los cuatro más principales, por no hacer demasiado prolija la monografía.

Fijad vuestra atención en una casa que hay al costado de la parroquial de San Pedro y San Pablo y enfrente del tajo, que perteneció á los Sres. de Castril y hoy es propiedad de D. Leopoldo Eguílaz. Su portada, riquísima en adornos de exquisito gusto, fué trazada sin duda por Diego de Siloe y ejecutada por sus mejores discípulos. Consta de tres cuerpos, cargados de bichas, angelotes, medallones, trofeos de armas, escudos y caulículos. En ninguno están observadas las reglas, pero todos reunidos hacen muy buen efecto. Según la tarjeta que se lee sobre el balcón, se acabó la obra en 1539.

El interior es tan magnífico como el de un palacio; veinte columnas de mármol sostienen el cuerpo principal, que parecen veinte bastones de plata; tiene espaciosos salones con artesonados buenos, escalera anchurosa con balaustrada gótica de piedra y cúpula de ensambladura morisca, puertas con tablecos de talla y rejas trabajadas con buen gusto y primor.

Continuad vuestra excursión hacia Occidente; á no larga distancia hallaréis la Chancillería, llamada también *Palacio de*

la *Audiencia*, situada en el costado septentrional de la Plaza Nueva. En 1505 se trasladó de Ciudad Real, por carta de Fernando V, este convento jurídico *para la más ennoblecer, acatando ser cabeza de este reino*, como dice el documento. La vista de este severo edificio nos recuerda el monasterio del Escorial, con el que tiene mucha semejanza. Veinte columnas corintias, esbeltas y nacaradas adornan el patio y sostienen el primer cuerpo, donde están las salas de justicia y las habitaciones del Presidente, y otras veinte más pequeñas, empotradas en la pared, sostienen el segundo.

La escalera es de buena fábrica y con una elegante cúpula; parece de otra mano y más antigua, pues sus adornos son del gusto plateresco, y entre ellos se ve un retrato del Emperador; tal vez se comenzó la obra de un modo en el reinado de Carlos V, y Felipe II quiso engrandecer y adornar lo construído, como se deduce de la inscripción latina que hay en la portada, y que se atribuye á Ambrosio de Morales.

Subid después á la Alhambra, y en la rampa que conduce á la *Puerta Judiciaria* hallaréis, vecino á un torreón de los reparados después de la conquista, un elegantísimo pilar dedicado al César, cuya traza se debe, sin duda, á Pedro Machuca, y el Sr. Ceán Bermúdez asegura que los relieves son de su mano.

La índole de nuestro estudio nos obliga á pasar de largo—alegrándonos de veras—para no hablar de la desatentada reparación que se ha hecho del pilar dentro de este siglo, á ciencia y paciencia de la Comisión de monumentos y de las autoridades.

Estamos frente al Palacio del Emperador Carlos V. Este edificio, primera construcción levantada en España con el puro estilo del Renacimiento, retrata la monarquía de Carlos I, con sus victoriosas empresas representadas en el simbolismo y ale-

gorias esculpidas en el mármol de sus fachadas, pudiéndose considerar como la epopeya de aquel período glorioso de nuestra historia. El laborioso y entendido Sr. Gómez Moreno, nuestro amigo y paisano, acaba de publicar la historia y descripción de este célebre monumento en un elegante folleto, impreso en Madrid, y á él remitimos á los lectores. Sólo diremos en confirmación de nuestro tema—y siguiendo las huellas del erudito escritor—que en tan hermoso edificio, interesantísimo por su arquitectura, por las bellezas de sus esculturas y tallas, que rivalizan con las mejores de aquella época, se entronizó aquí el Renacimiento, hallando Machuca su inspiración en las obras de Bramante, de Sangallo, de Peruzzi, de Miguel Ángel y Rafael, de donde vino el estilo que contemplamos.

Pienso que los ilustrados señores que lean estos borriones descenderán con trabajo de la encantadora plaza de los Algibes al centro de la ciudad para continuar en el examen de nuestros monumentos; pero han de dar por bien empleada su fatiga cuando se encuentren á la vista de la insigne basilica metropolitana. Nuestra Iglesia Catedral se construyó siguiendo el gusto *greco-romano*, aunque, según las noticias que nos ha facilitado el Sr. Gómez Moreno, el primer proyecto presentado por el maestro Rodrigo Hernández fué de estilo *gótico*, alterado después por Diego de Siloe, cuando hubo de encargarse de la obra, lo que dió origen á las quejas de los capellanes reales y á la Cédula del Emperador para que no se hiciera la obra *al romano*.

En 1528 se tomó acuerdo de que el referido Siloe fuese á Madrid á defender su invención, logrando sin duda el que se aprobara su proyecto, pues, á pesar de lo dispuesto en la Real Cédula, continuaron los trabajos conforme al Renacimiento.

Échase de ver en esta obra—que duró más de cien años—



el espíritu levantado y los grandes conocimientos de Diego de Siloe, Juan de Maeda, Juan de Orea, los Vicos, padre é hijo, y Gaspar de la Peña, la munificencia del Emperador y de sus sucesores Felipe II y III, el desinterés del clero y su amor á las artes, pues los canónigos y racioneros cedieron su renta más de una vez para que no se parasen sus trabajos, el mucho metálico que circulaba por la ciudad, y, sobre todo, el deseo de engrandecimiento que ardía en los pechos granadinos, anhelosos de hacer corte de reyes, de sabios y de artistas lo que fué morada regia de los soberbios Alhambres.

Muchos templos hay en España, así góticos como greco-romanos, que á la elegancia y esbelta construcción reúnen la riqueza en los pormenores; pero la catedral de Granada nada tiene que envidiarles, pues considerada exteriormente nos sorprende esa gigante mole, cuyas ordenadas partes se asemejan á una llama que se eleva palpitando al cielo; si entramos en el templo, se sobrecoge el espíritu, sintiendo en sus espaciosas naves y en las elevadísimas bóvedas la presencia de la majestad infinita que nos convida á un santo recogimiento. ¡Lástima que mano culpable—por no llamarle impía—embadurnase con cal toda la parte interior, velando con horrible antifaz su hermoso rostro, provocando la indignación de los entendidos viajeros y de los amantes del arte!

Concluimos asegurando que, como todo fué grande en nuestra ciudad en el siglo XVI, lo fué también la arquitectura, aventajándose las obras que llevan el carácter del Renacimiento á las que son de estilo ojival, no porque aquél sea más bello que éste, ni porque hubiese decaído la fe en nuestro pueblo, sino por la fuerza misma de las ideas; que así como la literatura cristiana tuvo que ceder en algo á la romana y griega, la arquitectura participó de las innovaciones, que todo lo invadían,

y, una vez enseñoreada de España, tuvo que entronizarse en Granada. Si fuese dado al hombre prolongar el círculo de los años y adivinar el porvenir, no habría experimentado tan pronto nuestro pueblo la triste decadencia del gusto arquitectónico.

### III

Al decir que, considerado el carácter de los monumentos granadinos con arreglo á la idea, era aquél la genuina expresión del espíritu religioso, no hemos querido significar solamente aquella forma ejemplar, á similitud de la cual, y contemplándola, produce el artista su obra: porque si el artífice no tuviera, ó en el mundo exterior ó en su mente, alguna cosa distinta, pero semejante á la obra que va á ejecutar, no se diría que tenía una idea ó un ejemplar. La idea á que nos referimos es más propiamente el sentimiento popular que dominaba cuando la obra se produjo, y del cual no le es dado sustraerse á ningún autor. Ese sentimiento tiene en España abolengo gloriosísimo, porque él fué el que impulsó á Recaredo á abrazar el Catolicismo y á declarar la unidad religiosa en el Concilio tercero de Toledo; el que comenzó la obra de la Reconquista con Pelayo; el que dió á Alfonso VI la posesión de la ciudad de Toledo y humilló el poder de los Almohades en las Navas de Tolosa; el que encendió el pecho de Jaime el Conquistador para recobrar las Baleares y Valencia, y el de Fernando III para reducir á Córdoba y Sevilla: por él vertieron aquí su sangre en defensa de la fe San Pedro Pascual, Juan de Cetina y Pedro de Due-

ñas, y los Reyes Católicos levantaron el lábaro de la cruz sobre la torre de la Vela.

La idea religiosa no se extinguió en nuestra ciudad durante la dominación agarena; la lámpara que alumbraba el sacrificio de los altares permaneció encendida, como símbolo de la fe que viva ardía en muchos corazones. Pero ni este sentimiento podía manifestarse con todos sus atributos y formas exteriores, ni dejaba de sufrir frecuentes repulsas y menosprecio de los que por conveniencia ó razón de Estado le toleraban. Esta lucha, en la que se combatía de frente el culto del Korán, formidable adversario, fortalecía más el espíritu de los verdaderos creyentes; y cuando los pechos comenzaron á palpar á impulsos de la libertad que le trajeron los conquistadores, pronunciándose sin temor los nombres de Dios y de Patria, al ruido de las campanas y del disparo de los mosquetes, entonces fué cuando surgió el pensamiento de levantar las iglesias, monasterios y asilos, que hicieron de Granada la ciudad monumental; aunándose para esto la liberalidad de los reyes, la piedad de los nobles y la abnegación del pueblo, que prestó sus brazos y su inteligencia.

Cuando el náufrago aborda á la playa, su primer cuidado es elevar el corazón á Dios y ofrecerle algún objeto de piedra ó de bronce que perpetúe la memoria del beneficio recibido. Á la voz de *¡Granada por los Reyes Católicos!* los cristianos destruyen las mezquitas, como los soldados de Constantino destruían los ídolos; y sobre aquellos melancólicos escombros que no conservaban ningún recuerdo artístico, ni fueron humedecidos nunca con las lágrimas de la penitencia, se edificaron esos suntuosos templos que, después de derramar sobre ellos el óleo santo, se convierten en aula de Dios, en piedras santificadas con la majestad del Altísimo. Y como el amor es insaciable en sus manifestaciones, multiplicando sin cesar las obras

y los testimonios, de aquí resultó que, durante aquella centuria, se construyesen en esta ciudad más de veinte templos y monasterios y otros edificios públicos.

Pero si estos monumentos nos dan la medida del espíritu religioso, son asimismo el símbolo del progreso moral y material que la misma idea encarna y produce.

El progreso es el perfeccionamiento del hombre por medio del bien, y á este fin se encaminó la civilización implantada en estos reinos por los Monarcas castellanos, y las instituciones religiosas y políticas que perpetuaron obra tan gloriosa. Mejorar las costumbres—después de tantos años de lucha y de licencia—estrechar los vínculos de familia y de nacionalidad, hacer estimables la sobriedad y la templanza á la sombra de la paz y de la concordia, encender en los corazones el fuego del amor á la verdadera sabiduría y al honroso trabajo, contener los instintos perversos y las desordenadas concupiscencias y desarrollar el deseo de los puros goces del alma sobre los placeres de la carne; he aquí los medios empleados para formar de Granada un pueblo culto, contribuyendo á esto los colegios, los institutos religiosos y establecimientos de beneficencia.

El progreso material se realizó por el cultivo de nuestra hermosa vega y de los feraces montes que la circundan, por la industria del cáñamo y de la seda, en la fabricación de la lona para las velas de los buques y en la confección de la listonería que se enviaba á América, por los trabajos de escultura, pintura y alfarería y por el cultivo de los cármenes y frondosas huertas.

De todo lo que dejamos dicho en este capítulo, da razón el carácter de los monumentos artísticos granadinos del siglo xvi mejor que pudieran darla los historiadores de aquella época, que no estudiaron—ni había para qué—el lenguaje de esas obras inmortales.

Mas al fijar nuestra atención en tantos edificios, vemos muchos convertidos en solares y otros en teatros para bufos, cancanes y otras farsas. Donde debía reinar el silencio, reina la algazara; donde debían correr lágrimas, corre vino; donde debían subir al cielo religiosas plegarias, suben ridiculas jácaras; donde debían estar de hinojos colegios de sacerdotes, saltan y rien compañías de payasos; por esas bóvedas, en vez de fúnebres elegías, resuenan histéricas carcajadas. Pero así como en el tribunal de la historia aparecerán siempre como grandes culpables los déspotas, los fraidores á la patria y los que concitan las pasiones, así aparecerán también los profanadores de las obras artísticas: después..... está la justicia de Dios.

## IV

Hemos dicho que la historia de la arquitectura está escrita en las piedras, y no en los libros, y ahora añadimos que esas piedras tienen un idioma elocuente que nos habla de la cultura de los pueblos y de la majestad del poder que imperó en ellos.

Trasladémonos por un momento á la colina donde reposara el fundador de la autoridad imperial, presentada tan sólo por el genio de César, á quien cegara y destruyera el puñal de Bruto.

Ahí veremos todavía el sepulcro de Adriano, que se levanta sobre la ciudad, coronado por los blasones de la guerra; el sepulcro de Cecilia Metela, bruñido por el sol y por los siglos, parece crecer y perfeccionarse al cincel de la historia ó al paso de la vida; la pirámide de Sextio aún provoca las miradas de los viandantes, su religioso respeto en el camino hacia la gran basílica de San Pedro; aquella sublime Vía-Appia, circuida por el desierto, que exhala vapores de muerte, entre fragmentos y ruinas de otras edades, os arroba en grandes pensamientos; los túmulos de Horacios y Curiacios, simples montones de argamasa elevados sobre zócalos de piedra, obtienen de la memoria humana los holocaustos debidos al sacrificio y al heroísmo; y en la calle de Pontífice el palacio Córea, en donde se halla un

monumento por mil razones famoso, el mausoleo de Augusto. Después de contemplar estos monumentos, y sin necesidad de consultar á Suetonio ni á Salustio, nos vemos obligados á decir: por aquí pasó una civilización.

Vengamos ahora á Toledo y Sevilla. En la primera podemos contemplar diez y ocho capiteles y otros ornatos arquitectónicos del estilo latino, debida su investigación al laborioso anticuario D. Manuel Asas. Cinco de estos capiteles existen en el segundo patio del Hospital de Santa Cruz, que más tarde ha sido colegio de cadetes, y se cree fueron parte de la basilica de Santa Leocadia, levantada por Sisebuto, donde se celebraron algunos de los famosos Concilios: cuatro sirvieron en la construcción de la mezquita, hoy iglesia del Cristo de la Luz y ocho en la de San Román.

Corriendo el tiempo (1085), levantó soberbia catedral de estilo *romano-bizantino*, cuando fué reconquistada por Alfonso VI.

Sevilla conserva algunos recuerdos de la época visigoda que exhalan ayes por la muerte del Principe Hermenegildo, y cuando Fernando III estableció en ella su corte, la arquitectura cristiana ideó la célebre basilica y la soberbia torre, que llaman la atención del viajero y nos recuerdan la época en que la Iglesia ejercía una saludable influencia en la propagación de las ciencias, en la enseñanza de la verdad, en el progreso de las artes y en la civilización del mundo. Al registrar los suntuosos edificios de estas y otras ciudades de España, podemos exclamar: ¡por aquí ha pasado una civilización!

Detengámonos un momento en la contemplación de los monumentos árabes de Granada (de cuya arquitectura, ni se han investigado todavía sus orígenes asiáticos ó africanos, ni ha habido quién ponga en su punto el carácter maravillosamente científico de su ornamentación hasta en los más menu-



dos detalles, y aquella minuciosa red geométrica, dentro de la cual se razona el tamaño de cada uno de los elementos arquitectónicos comenzando por la planta); y no siendo posible estudiar el carácter de las torres, de los arcos, de los algibes y casas de baños, y sobre todo del alcázar de Boabdil, preguntémosles por su origen, cómo se han conservado tanto tiempo, la virtud que los sostiene; y nos responderán los versos que hay en el tocador de Lindaraja, que dicen así:

Soy de forma muy preciosa,  
Son prodigio mis labores  
y belleza,

Soy creación maravillosa;  
¿De quién no arranca loores  
Mi grandeza?

Contemplad la piedra dura  
Ya desbastada y bruñida  
diestramente.

Cómo brilla en mi estructura:  
Fuí tiniebla en luz vertida  
Prontamente.

Los mármoles más preciados  
En mi alcázar se pusieron  
Con ingenio.

No bien fueron colocados,  
Del príncipe relucieron  
Con el genio.

Mis esplendores deslumbran  
Tanto que son envidiados  
Por el cielo.

Sucesos que en él alumbran  
Son para mi luz sombreados  
en el suelo.

Al recorrer esta colina, con sus calles de gigantescos álamos, por donde cruzan claros arroyos como cintas de plata, se presentan las augustas fortalezas tostadas por el sol y coronadas de yedra, al pie de las cuales se han inspirado tantos trovadores y los pinceles han hecho maravillas. Si evocamos en nuestra imaginación la sombra de los monarcas que habitaron en esas venturosas mansiones, también se puede repetir: por aquí ha pasado una civilización.

Vengamos ya á la ciudad cristiana, donde sus edificios nos hablarán del triunfo de la Cruz sobre la media luna.

En las bóvedas de la catedral resuenan aún las ilustradas

pláticas de Talavera, Ávalos, Guerrero, y Vaca de Castro; en el derruido convento de San Francisco de la Alhambra, la voz de los religiosos franciscos, primeros maestros de la ciencia canónica; en la primitiva Universidad, las enseñanzas del doctor Gasca y de los doctores Ortiz y Daroca; en la Chancillería, los sapientísimos acuerdos de Alfonso Carrillo, Fernando Niño de Guevara y D. Pedro Vaca de Castro, sus Presidentes; en San Jerónimo hacen estremecer de amor y entusiasmo el recuerdo de nuestros triunfos en Italia, al fijar la vista en el panteón de Gonzalo de Córdoba; en el Salvador, cuya áurea cúpula que cierra la nave, inundada de luz y de oro, resuenan los acentos de Jiménez de Cisneros; y, por último, en Santo Domingo se nos presenta el gran retórico é insigne orador sagrado Fray Luis de Granada.

El esplendor de la arquitectura del siglo que reseñamos, no sólo es un testimonio fehaciente del espíritu científico de aquella época, sino que con razón oscurece la decantada civilización arábiga, objeto de dolor y de lágrimas para los modernos filomoros, que hacen consistir la grandeza de aquella dominación en los cantos orientales de sus bardos, en los desafíos por amor, en el rumor de los impuros festines, en los libros de sus supersticiosos profetas, en las justas y torneos para ganar el corazón de las damas.

Los monumentos cristianos satisfacen el sentimiento estético, levantan el espíritu á lo infinito, reanudan la historia de nuestros hechos de armas y son fieles intérpretes de la edad de oro de nuestra literatura.

Si, además de esto, queremos contemplar la majestad del poder cristiano sobre la sensual arquitectura árabe, fijaos en el majestuoso palacio del Emperador Carlos V.

Al contemplar una y otra obra, el alcázar de Alhamar y la morada del César, unidos en misterioso lazo, se viene á la me-

moria la empresa del grande Aníbal, que, por sendas escabrosas amasadas de nieve y cortadas por profundos barrancos, atraviesa los Pirineos y escala los Alpes: le acompaña el valor y la majestad del héroe que lleva en su mente el incontrastable propósito de plantar en Roma la bandera de Cartago. Hasta aquí la imagen de Aníbal se asemeja al palacio del Emperador; pero cuando el general cartaginés se entrega á las delicias de Capua y se enerva con el amor de las mujeres, se me representa el alcázar de Boabdil.



## V

El sentimiento de amor al pueblo en que hemos nacido, donde nuestros ojos vieron la luz por primera vez y se formaron las bellas ilusiones de la juventud, despertando en nosotros el prestigio de las personas, de los monumentos y de las creencias, á los cuales nos unimos con irresistible fuerza simpática, es un sentimiento innato en los hombres de todos los climas, que agita y mueve las energías, tanto del valor cuanto de la virtud, y diviniza—si se me permite la frase—la fuerza puesta al servicio de las ideas. No es extraño, pues, que los traidores á la patria hayan sido considerados como verdaderos mónstruos.

Las ruinas de Sagunto y Numancia, que llevan los pensamientos en tropel buscando las sombras de los héroes que perecieron abrasados por las llamas; los muros de Tarifa, por los que se ve descender el puñal de Guzmán el Bueno para dar muerte á su hijo; y la columna funeraria levantada en el Prado de Madrid, que reverbera los inmortales nombres de Daoíz y Velarde, ilustres defensores de la Independencia española, despiden de sí, como rayos de luz, brillantes testimonios del más acendrado patriotismo.

Nada tan melancólico para el alma como la contemplación de esos sucesos en que se recuerda el sacrificio de nuestros hermanos; pero nada tan revelador de la historia y del amor que ardía en sus pechos por las instituciones, por el hogar y por la patria.

El espíritu patriótico vive del pasado, por su constante adhesión á todo lo que crearon y respetaron nuestros mayores, siendo sus tradiciones un tesoro de poesía, sus monumentos la áurea cadena que trasmite de una en otra generación la vida científica, militar ó religiosa.

Vive del presente, porque las instituciones, la lengua, las costumbres y hasta el arte, le subyugan con sin igual magia á todo lo que es nacional, y si por violencia se le quiere obligar á que reniegue de su lealtad, se le ve aparejado al sacrificio. Dilata, por último, su vida, ensanchando con los productos de su ingenio la esfera de la contemplación humana, perpetuando en la piedra, en el bronce y en la madera las concepciones más atrevidas, las maravillas de la inspiración ó del rico modelo—que duran más que la frágil existencia humana—la majestad de la inteligencia y la grandeza del poder, para que sirvan de ejemplo y emulación á las generaciones futuras.

Por eso en el siglo xvi, á la belleza propia de esta comarca, á la fertilidad de su suelo, á los encantos de una naturaleza oriental, unió el espíritu patriótico la multitud y superioridad de las obras artísticas, que habían de lucir como estrellas en este nuevo hemisferio, realzando los atractivos de Granada y su importancia social y política.

¡Lástima es que el legítimo orgullo que anidaba en los corazones granadinos en aquel venturoso siglo, se haya convertido en confusión y tristeza, á vista de la decadencia del gusto, de la ruina de importantes monumentos y del raquitismo de que adolecen las modernas obras arquitectónicas!

Si las breves razones expuestas no bastaran á demostrar el sentimiento patrio que se destaca en la fisonomía de nuestros monumentos artísticos, preguntad á ese mudo sarcófago de la capilla de los Reyes. Aunque Fernando é Isabel no eran granadinos, aquí nacieron, por sus memorables hechos de armas, á la vida de la fama y de la gloria; aquí conquistaron la admiración de la Europa y del Nuevo Mundo; aquí suscitaron émulos de la hidalguía castellana, y les reservó la historia un nombre inmortal. Por eso quisieron que sus huesos reposaran al pie de sus muros, en esta tierra regada con sus sudores y lágrimas, para ser los centinelas de nuestra fe y de nuestra independencia, servir de terror á las hordas africanas y enviarnos desde la tumba el aliento sagrado que engendra el valor y sostiene la libertad y el patriotismo.

Hase hecho un gran bien en promover el estudio de los monumentos granadinos; pero el amor á nuestra ciudad debe conducirnos á obras mayores, en las cuales se hallan interesados nuestra cultura, el honor de las artes y de las letras.

Hay que restablecer los estudios históricos, filológicos y artísticos, como se practica en otras naciones y en algunos pueblos de España.

Para conseguir esto, juzgamos necesario darle vida al palacio árabe, reuniendo en él los objetos del mismo género, así en escultura como en libros que andan esparcidos; en la forma que el Archiduque de Austria Luis Salvador ha restaurado el antiguo colegio de Miramar (Mallorca), fundado por Raimundo Lulio en 1276, para la enseñanza de las lenguas orientales, dotándolo de un museo de las artes decorativas (1).

El palacio de Carlos V—y sentimos no estar conformes con las opiniones del ilustrado Sr. Gómez Moreno—debiera termi-

(1) TARONJÍ.—*El Trovador mallorquin*, pág. 540.

narse con el mismo carácter que lleva la obra y ornamentarlo al gusto del siglo XVI, para que sirviera de morada á nuestros Reyes cuando quisieran honrar esta ciudad, teniendo así Granada la importancia y el beneficio de uno de los sitios reales.

Debería restaurarse, en último término, el célebre convento de San Francisco de la Alhambra, destinado en su fundación á los estudios de Derecho canónico, restituir á él los religiosos de la Orden que lo habitaron, consagrarlos á la enseñanza de la lengua árabe, científica y popular, con lo cual se crearía un centro de instrucción digno del nombre de Granada, y una escuela de misiones para la evangelización del imperio marroquí.





